

EL TIEMPO, LA PRESENCIA Y EL CONOCIMIENTO ARTÍSTICO (HOMENAJE A GARCILASO DEDICADO A JUAN A. VILLACAÑAS)

BEATRIZ VILLACAÑAS

Universidad Complutense. Madrid

Excmo. Sr. Presidente, Excelentísimas/os Señoras/es, poetas, amigos todos:

Vengo hoy en compañía de dos figuras toledanas de la Poesía, dos poetas imprescindibles dentro y fuera del ámbito de nuestra ciudad: Garcilaso de la Vega y Juan Antonio Villacañas. Ellos están aquí. Y me acompañan. Y nos mueven a todos en este encuentro, en este homenaje.

Juan Antonio Villacañas tuvo siempre la cualidad de entablar *amistad* trascendiendo la circunstancia temporal. Supo conocer no sólo de forma, digamos, académica, a Garcilaso, sino que, a su manera siempre creativa, captó la esencia de su ser poético, al igual que hizo con el ser pictórico de El Greco:¹ los conoció profunda-

¹ He aquí un párrafo de su artículo «El Greco, Poeta de Toledo», aparecido en El Alcázar (20-11-1959) y simultáneamente en la revista técnica de turismo Piel de España y El Mercurio, de Santiago de Chile (1960):

Pero ya ha conquistado su misma soledad y construye su Toledo, El Greco agiganta los puentes y hunde los valles casi hasta el infinito. Y no es un mundo de tinieblas lo que ve y lo que traza desde dentro, sino, por el contrario, nos da el poema de su liberación, el paisaje de su encuentro con el espíritu, eso que los GRECOMANOS confundieron a veces con el astigmatismo.

Con sabiduría artística, Villacañas se adelanta a las afirmaciones muy posteriores del norteamericano Stuart Antis, quien, en 1996, mostraba, basándose en datos técnicos (a los que el poeta, por otra parte, había llegado por sí mismo, como atestiguan sus explicaciones a los estudiantes del Intra-American Student Program) que el pintor no tenía astigmatismo.

mente, se hermanó con ellos más allá del tiempo que los separaba, con la empatía y la sabia intuición con la que todo verdadero artista percibe afinidades. De esto Juan Antonio Villacañas ha dejado constancia en sus conferencias y artículos, entre los últimos, «Garcilaso y los Misterios de la Poesía» o «Garcilaso en el Ateneo de Madrid»: en ellos nos muestra a un Garcilaso vivo, sintiente, a un poeta comprendido en su esencia por otro poeta. Fue Juan Antonio Villacañas quien llevó a Garcilaso, en 1956, a la III Bienal Internacional de Poesía de Knokke-le-Zoute, cuando fue invitado por la Real Academia de Lengua y Literatura Francesas de Bélgica. En una entrevista a su vuelta, muestra su satisfacción con la Bienal belga, pero se lamenta de que apenas se conoce a Garcilaso, de quien él habla en sus intervenciones públicas y con otros poetas de diferentes países.

La *amistad* de Villacañas con Garcilaso se remonta, pues, a los años cincuenta: en 1958 es incluido en la *Antología en Honor a Garcilaso de la Vega*, de Antonio Gallego Morell donde podemos leer los poemas «A Garcilaso», que había sido publicado en Poesía Española en el año 1954, y «La Casa de Garcilaso». El diario *ABC*, que publica diferentes poemas de Juan Antonio en los años setenta, reproduce este último en 1972.

Sin embargo, lo que deseo resaltar de forma especial es la íntima relación de Juan Antonio con la lira, vehículo formal de tanta poesía garcilasiana, y, por supuesto, de la mística de San Juan de la Cruz, con quien se hermana igualmente en ese ejercicio de intertextualidad y, a la vez, de originalidad absoluta que encontramos en *Balbuendo* (1999). Lo que Villacañas ha hecho con la lira (en la que me voy a centrar dejando aparte, por motivos de tiempo, su esencial y personalísima creación sonetística) requiere en sí mismo un estudio en profundidad, pues le ha dado un contenido nuevo en

el que caben el pensamiento, la emoción, el humor (casi siempre de carácter irónico), la tragedia, la autobiografía, y tantas cosas más. Tal es el alcance de estas liras, que en mi libro *La Poesía de Juan Antonio Villacañas: Argumento de una Biografía*, que tiene prevista su aparición en 2.003 editado por la Consejería de Educación y Cultura de Castilla-La Mancha, he dedicado todo un apartado a lo que denomino la Lira *Juanantoniana*.

Muchos han sido los poetas que han declarado su admiración por las liras de Villacañas, dedicándole al poeta, a su vez, sus propias liras en reconocimiento a su magisterio. Reproduzco aquí las que le dedican, respectivamente, el humorista Antonio Mingote y el poeta y crítico Arturo del Villar:

Estaba yo leyendo
los versos que me mandas, Villacañas,
y al de Yepes oyendo.
¿Cómo te las apañas
para hacerlo tan bien? ¡Con qué artimañas?

(Antonio de Mingote, 16-8-1999)

No todo es noche oscura
porque se ponga el Sol en las Españas:
nos queda la cordura
de hacer de lanzas cañas
y escuchar al profeta Villacañas.

(Arturo del Villar, 1-10.1996)

Podría presentar aquí innumerables ejemplos de liras de Juan Antonio Villacañas. Pensemos que, desde 1993, en que aparece su *Homenaje a la Lira en Larga Sobremesa con Luciano*, son más de diez los libros suyos en los que esta forma poética es predominante

(y en algunos, exclusiva). Opto por unas liras a las que movió la amistad, porque Juan Antonio, que trascendiendo el tiempo fue amigo de El Greco, San Juan de la Cruz y Garcilaso (¡Qué hermoso el recuerdo del poeta recitando ante su estatua!), fue amigo también de varios de sus paisanos coetáneos, entre ellos el ilustre doctor y humanista Rafael Sancho de San Román, quien, con su habitual gentileza, me envió estas liras dedicadas por mi padre a él y a su esposa, Sagrario Zamora, personas que son ahora para mí un valioso legado de amistad:

LA CIENCIA Y EL DESTINO

Rafael y Sagrario

En principio, Sagrario.
Fue el Verbo en el principio, ya lo sé,
no digo lo contrario,
y en mi mente se ve
en dialogante sueño con la fe.

Rafael no es arcángel,
que es un mundo llamado Rafael
donde el ángel no es ángel,
sino un sabio muy fiel,
es un sabio que piensa como él.

La vejez me hace daño,
me hace daño en las piernas y en la mente.
Me sigue año tras año
y en eterno presente.
Entre los viejos soy un viejo ausente.

Desde el joven Tobías,
pienso que Rafael se me aparece
al ver, todos los días,
y en forma humana crece.
Ya por la noche el sol no me apetece.

Rafael y Sagrario
es el amor en manos de la Ciencia.
¿O tal vez lo contrario?
Dejadlo a la influencia
de la imaginación y la conciencia.

Yo lo veo muy claro,
con lo humano me juego la costumbre
y lo pago muy caro.
Harto de pesadumbre,
me pongo en manos de la muchedumbre.

Sagrario y Rafael,
son para mí un descanso, una experiencia.
Ella es paz como él,
ninguna diferencia.
Dios está en el amor como en la ciencia.

(Semana Santa, 1999)

Para finalizar, he de decir que el privilegio de conocer a fondo las liras de Juan Antonio Villacañas me ha llevado a poner en práctica esta hermosa modalidad poética, de lo que dan testimonio algunos poemas de mi libro *Dublín* (2001). Si al principio de mi intervención hablé de que venía acompañada de Garcilaso y de Juan Antonio Villacañas, diré que este último me ha acompañado siem-

pre. Como me acompaña ahora. En una de mis conferencias en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, donde ejerzo la docencia, leí, como colofón, un poema que él mismo había escrito para el tema (el título de la conferencia era «Mirada Retrospectiva: Mujeres en el Arte y en la Ciencia»). Tras leer el poema, confieso aquí con orgullo y emoción, el Paraninfo de la Facultad se venía abajo con los aplausos, con la respuesta emocionada de los estudiantes. Juan Antonio estaba, como siempre, conmigo, y su presencia, igual que ahora, podía sentirse. Tras su muerte, escribí estas liras movida por la necesidad de la fe, necesidad que sentí como nunca había sentido. Las leí en el homenaje que le dedicaron la Asociación Prometeo y la Academia Iberoamericana de Poesía en la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de Madrid. Más tarde, aparecieron publicadas en la revista mejicana de poesía *Norte*. Antes de terminar con estas liras, les doy mis más sinceras gracias a Fina de Calderón y Felix del Valle por sus hermosos, hondos y conmovedores poemas a Juan Antonio Villacañas, y a Eduarda Moro por su emocionada y emocionante lectura del soneto de Juan Antonio de uno de sus primeros libros, que ella admira con agudeza y sensibilidad críticas.

A Juan Antonio Villacañas

EJERCICIO DE FE PARA EL PADRE MUERTO

La fe es el deseo,
pero el deseo encierra la evidencia.
Juan dice «Creo, creo»
en su sabia inocencia.
La duda va hacia Dios, como la ciencia.

Mientras el dolor crece
tanto que en este cuerpo ya no cabe,
Juan Antonio en sus trece,
aunque la vida acabe
me dice que no hay muerte, y él lo sabe.

«Después de esta pequeña,
esta pequeña cosa que es la vida»,
la muerte sólo enseña
los pasos de salida
más allá del temor y de la herida.

Acaso el universo
y el tiempo que nos ata a cada paso
todo quepa en un verso,
más allá del fracaso,
más allá de este sol y de su ocaso.

Verso que tú disparas
hacia lo alto y en el que te creces,
verso con que me amparas,
verso infinitas veces,
multiplicando panes, libros, peces.

Mi amado Juan Antonio,
como a ti Juan de Yepes te escribía,
tú el más santo demonio,
y Dios de ti se fía,
que Él sabe amar y ama lo que cría.

Sandemonio en la Gloria,
que al fin todo ha de ser como Dios dijo:

tú ahora con tu historia,
con cuánto regocijo,
poetizas con Dios: Padre con hijo.

Todas tus tentaciones,
Sanjuanantonio, voy reconociendo.
¿Y qué más devociones
si te dijo escribiendo
que mientras otros van tú estás volviendo?

Y te vuelvo a citar:
«Mi deber es dudar para que Él siga».
Es la palabra 'amar'
un pan de mucha miga.
Déjame que la escriba y te la diga.

Que si tu duda ha amado,
yo la tengo al final de cada sueño,
donde Dios me ha dejado
dudando con empeño:
¿Mi duda irá a encontrarse con su dueño?

«Dios está limitando
con mi incredulidad constantemente»:
palabras tuyas mando
del alma de tu mente,
la misma que me habla sabiamente.

Palabras tuyas mando
al cielo desde abajo o desde arriba,
que yo con ellas ando,
pues me dices que escriba,
y quieres que las beba y que las viva.

Y duda a duda sigo
segura de que Dios quiere tenerte.
Yo ahora le persigo,
para reconocerte
¡Qué no haría yo para volver a verte!

